

Ann
Cleeyes

ALMAS
SILENCIOSAS

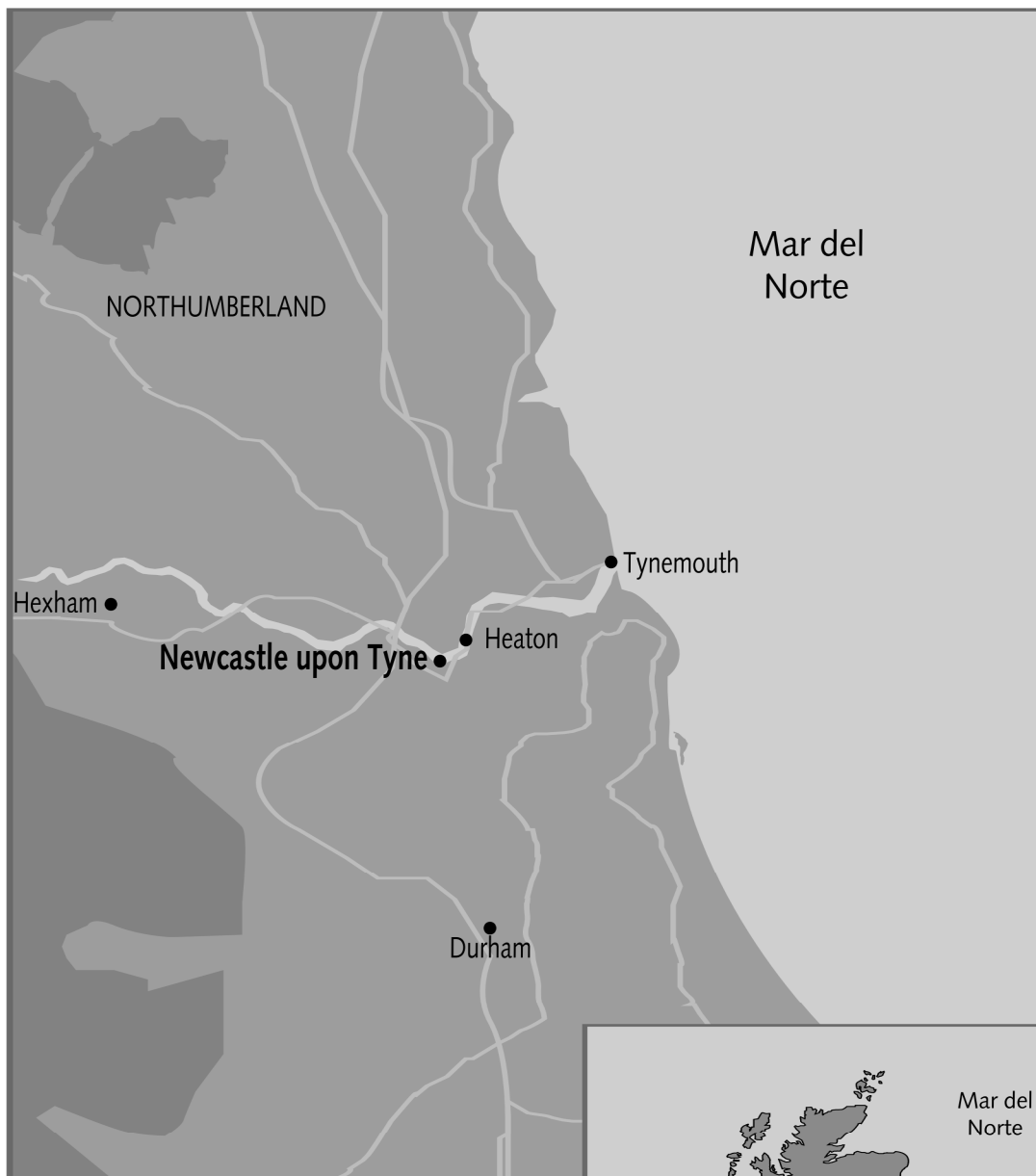
Traducción:

ISABEL HURTADO DE MENDOZA



MAEVA | NOIR

Los escenarios de la novela



1

VERA NADABA DESPACIO. La adelantó un señor mayor que se había metido el gorro de baño como si fuera un condón a punto de reventar. No era buen nadador, pero era más rápido que ella. Vera era el caracol del medio acuático. Y, aun así, estaba sin aliento por el esfuerzo de moverse, de arrastrar por el agua todo el peso de su cuerpo.

Detestaba sentir el agua en la cara —una simple salpicadura y ya creía que se ahogaba—, así que nadaba a braza lentamente, con la barbilla a unos centímetros de la superficie de la piscina y con la apariencia, según sospechaba, de una tortuga gigante.

Consiguió sacar un poco más la cabeza para mirar el reloj que colgaba de la pared. Era casi mediodía. Pronto aparecerían las extraordinarias señoras mayores, tan en forma, para su clase de acu aeróbic. Esas mujeres con las uñas de los pies pintadas, bañadores de flores y aires de suficiencia por saber que serán la última generación en jubilarse prematuramente y vivir con cierta holgura. Enseguida pondrían la música a todo volumen, con el sonido distorsionado por un enorme sistema de megafonía y la espantosa acústica de la piscina. Ese ruido solo tendría un parecido remoto con la música. Una joven vestida de licra se pondría a gritar. Vera no quería ni pensarlo. Ya había nadado los diez largos reglamentarios. «Vale, ocho.» No podría engañarse a sí misma aunque le fuera la vida en ello. Y, en ese momento, con el corazón saliéndosele del pecho, creía de verdad que la vida le

iba en ello. ¡A la mierda! Cinco minutos en la sauna, un café con leche bien cargado y vuelta al trabajo.

Lo de la natación había sido idea de su médico. Vera había ido a una revisión rutinaria, sabiendo que le esperaba la típica charla a cuenta de su peso. Siempre mentía sobre la cantidad de alcohol que bebía, pero su peso era evidente y no lo podía ocultar. La doctora era joven. De hecho, parecía una chavalita disfrazada de adulto respetable.

—¿Se da cuenta de que se está matando?

Se había inclinado sobre el escritorio para que Vera pudiera ver su piel perfecta sin maquillaje, oler su discreto perfume de mujer adulta.

—No me asusta morir —había dicho Vera. Le gustaba decir frases dramáticas, pero se dio cuenta de que esa probablemente fuera cierta.

—Aunque podría no morir, claro. —La doctora tenía una voz clara, un poco demasiado aguda para resultar agradable al oído—. Al menos, no inmediatamente. —Y pasó a enumerarle los posibles síntomas desagradables que podrían ocasionarle sus excesos. Como una delegada de clase chapada a la antigua que quiere dejar claras las normas—. Ya es hora de que tome algunas decisiones trascendentales sobre su forma de vida, señora Stanhope.

«Inspectora —había querido corregirle Vera—. Inspectora Stanhope.» Pero en el fondo sabía que a aquella niña le importaría bien poco su rango.

Y así fue como Vera se apuntó al gimnasio de ese gran hotel de las afueras y casi cada día conseguía sacar una hora para nadar diez largos. Quizá ocho. «Pero nunca menos de ocho», pensó con autosuficiencia. Intentaba elegir un momento en el que la piscina estuviera vacía. Pronto por la mañana o por la tarde era imposible. A esas horas los vestuarios estaban repletos de jóvenes flacas y bronceadas, conectadas a sus iPods, que usaban

todas las máquinas del gimnasio. ¿Cómo iba ella a mostrar las escamas causadas por el eccema de sus piernas, su barriga fofa y su celulitis ante esas diosas que cotorreaban entre risas? Alguna vez se asomaba a la sala que parecía una cámara de tortura moderna, con aparatos enormes y cuerpos que se retorcían y jadeaban. El brillo del sudor cubría los cuerpos de los hombres y ella se sorprendía a sí misma fascinada por ellos, por esos músculos escurridizos, esos hombros fuertes, esos pies con deportivas que castigaban la cinta de correr.

Generalmente iba al gimnasio a media mañana, cuando salía disparada del trabajo con la excusa de que tenía una reunión. Había elegido un lugar un poco alejado de la oficina. Lo último que quería era que la viera algún conocido. No les había contado a sus compañeros que se había apuntado y, aunque era posible que se hubieran percatado del olor a cloro impregnado en su piel o su pelo, todos sabían que era mejor no mentarlo. Había llegado al extremo de la piscina, así que se puso de pie y recuperó el aliento. Le habría sido imposible impulsarse desde el bordillo para salir, como había visto que hacían los jóvenes. Mientras caminaba hacia las escaleras, un miembro del personal colocó la corchera en el centro de la piscina para indicar la zona reservada al acu aeróbic. Justo a tiempo.

LA SAUNA OLÍA a cedro y eucalipto. El vapor era tan espeso que al principio no pudo distinguir si había alguien más. No le importaba compartir la sauna con otras mujeres, por lo menos allí no podían ver lo fea que era. Quizá pudieran intuir su gran tamaño, pero ningún otro detalle. Sin embargo, por alguna extraña razón, allí se sentía vulnerable si estaba a solas con un hombre. No es que temiera un ataque, ni siquiera un roce inapropiado o la posibilidad de que algún chalado se le exhibiera. Una puerta

batiente era lo único que los separaba del jaleo de la piscina y un grito atraería a algún empleado. Además, los chalados nunca la habían asustado demasiado. Pero allí había cierta intimidad que la inquietaba. Tenía la sensación de que, si entablaba una conversación, quizá se mostrara como era y acabara arrepintiéndose. Prácticamente desnuda, adormecida por el calor y el olor, un encuentro en ese lugar podría llevar a un intercambio de confidencias, a terreno resbaladizo.

Vio que en la sauna había otra mujer, sentada en una esquina, con los pies en el banco de mármol y las rodillas dobladas. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y le pareció que estaba totalmente relajada. La envidiaba. La relajación total era un estado que ella rara vez alcanzaba. La niña que jugaba a ser médico le había recomendado hacer yoga y Vera había ido a una sesión, pero le había resultado mortalmente aburrida. Mantener la misma postura durante lo que parecían horas o estar tumbada boca arriba mientras las ideas y los pensamientos desfilaban por su cabeza, desatando la necesidad de hacer algo. En serio, ¿cómo podía nadie relajarse así? Se sentó con cuidado sobre el mármol, resbaladizo por el vapor condensado, pero no consiguió evitar ese sonido de pedo mojado. La discreta mujer de la esquina no reaccionó. Vera intentó inclinar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos, pero el trabajo se colaba en su mente. No había un caso concreto que la preocupara. Desde Navidad las cosas estaban inusualmente tranquilas. Pero siempre había algo: una rencilla con algún compañero, el recuerdo de una pista que deberían haber investigado. Era en esos momentos de quietud física cuando su cerebro más se activaba.

Abrió los ojos y lanzó una mirada envidiosa a la mujer de la esquina. El vapor parecía menos espeso y Vera vio que se trataba de una mujer de mediana edad, no una señora mayor. Tenía el pelo corto y rizado, y llevaba un bañador azul liso. Era esbelta,

con unas piernas largas y torneadas. Fue entonces cuando, gracias a una inesperada corriente que despejó el vaho, Vera se dio cuenta de que su vecina estaba demasiado quieta, con la piel demasiado pálida. La mujer que era objeto de su envidia estaba muerta.

2

EN LA ZONA de la piscina había comenzado la clase de acu aerobic. Había música, aunque lo único que se distinguía era un gran estruendo de fondo. Vera miró por encima de la puerta batiente. Las mujeres que estaban en el agua se contorsionaban y agitaban los brazos en el aire. Se inclinó sobre el cadáver para comprobar si tenía pulso, aunque bien sabía que no lo tendría. La mujer había sido asesinada. Tenía petequias en el blanco de los ojos y contusiones alrededor del cuello. Las voces de su cabeza gritaron de emoción, aunque sabía que no estaba bien. Ahora vacilaba. Lo último que quería era que cundiera el pánico. Además, tampoco estaba preparada para que llegaran los sanitarios o sus compañeros de trabajo y la vieran con su bañador negro, que le daba el aspecto de un zepelín. Antes tenía que vestirse.

Una joven con un uniforme de camiseta y pantalones cortos amarillos estaba recogiendo flotadores de poliespán del borde de la piscina. Vera la llamó por señas.

—¿Sí?

La tarjeta de identificación que llevaba colgada del cuello con un cordón de nailon indicaba que se llamaba Lisa. Amontonó los flotadores en el suelo y dirigió a Vera una sonrisa profesional.

—Hay una mujer muerta en la sauna.

Había tanto ruido que no le preocupaba que la oyeran. Pero la chica la había oído. Su sonrisa desapareció. Se quedó mirándola a los ojos, estupefacta y horrorizada.

—Soy de la policía —dijo Vera—. Inspectora Stanhope. Quédese ahí. No entre y no deje que nadie más lo haga.

No hubo respuesta. Lisa seguía con la mirada fija en ella.

—¿Me ha oído? —insistió Vera.

Lisa asintió con la cabeza. Al parecer, seguía sin poder hablar.

El vestuario estaba casi vacío porque la clase no había terminado aún. La inspectora sacó el móvil de la taquilla y llamó a Joe Ashworth, su sargento. Por un instante se planteó mentir: «Me estaba tomando un café en el bar y un empleado me pidió que viniera cuando encontraron el cadáver». Pero estaba claro que no iba a colar. Había sudado en la sauna, había estornudado. Su ADN estaría allí. Al igual que el de una infinidad de socios del gimnasio. Además, ¿cuántas veces había despotricado ella por las mentirijillas que decían los testigos para ocultar su vergüenza?

Con la mano que tenía libre, Vera se subió las bragas. Cuando acabara la clase, la gente se pegaría por usar la sauna y no tenía muy claro que esa chiquilla de amarillo fuera capaz de detenerlos.

Ashworth contestó la llamada.

—Tengo una muerte sospechosa —dijo Vera. Después de todo, no era necesario entrar en detalles sobre cómo se había visto involucrada. Y pasó a relatar los pormenores—. Pon todo en marcha y vente para acá.

—¿Y no es una muerte natural? El calor, el esfuerzo... Suena a infarto. ¿Igual hay alguien en el gimnasio que ha visto demasiadas series policíacas en la tele? Puede que llegaran a la conclusión errónea.

—A la pobre la estrangularon. —Aunque sabía que no tenía razón, por algún motivo, Vera esperaba que Ashworth pudiera leerle la mente y la sacaba de quicio ver que no era así. Además, ¿de verdad creía que lo iba a llamar por un infarto?

—Estoy justo al lado —dijo él—, en ese centro de jardinería tan caro eligiendo un regalo de cumpleaños para mi madre. Estaré allí en diez minutos.

Vera colgó y siguió vistiéndose. Se le había caído la falda sobre el bañador y ahora estaba húmeda por detrás. Parecía que se había meado. Masculló un improperio y salió a la zona de la piscina evitando el lavapiés, consciente de las miradas reprobatorias de los demás. No estaba permitido pasar vestido por aquella zona. Tenía que encontrar a algún encargado, pero no quería alejarse de la escena. La clase de acu aeróbic estaba en su punto álgido. Una conga de mujeres que brincaban, junto con uno o dos hombres, se movía en círculos por la piscina. Pararon la música y los integrantes de la conga se dispersaron riendo y cotorreando. La mujer vestida de licra gritó por el micrófono que todos lo habían hecho estupendamente y que esperaba volver a verlos pronto.

Vera aprovechó el momento y le arrebató el micrófono. Se detuvo un segundo. Siempre le había gustado ser el centro de atención. Era consciente de que en algunas ocasiones era objeto de burlas, pero eso le importaba menos que el hecho de que la ignoraran.

—Señoras y señores.

Todos se quedaron mirándola, aparentemente molestos por la interrupción de su rutina ocasionada por aquella mujer que claramente estaba fuera de lugar. ¿Qué ocurría? ¿Quizá una manifestación? ¿El Frente Democrático de Personas Gordas insistiendo en su derecho a no llevar una vida saludable? Al menos así es como Vera juzgó su reacción. Pero ella estaba vestida, lo que le confería un aire de superioridad. Desde allí podía verles las arrugas del cuello y la flacidez de los brazos. También las raíces sin teñir.

—Soy la inspectora Vera Stanhope, de la Policía de Northumbria. —Cuando levantó la vista, vio a Joe Ashworth salir de los

vestuarios con un hombre de traje que pensó que sería uno de los encargados del hotel. Había llegado mucho más rápido de lo que ella esperaba—. Lamento informarles de que ha habido una muerte repentina en el gimnasio y tengo que pedirles que colaboren. Vuelvan a los vestuarios. Cuando se hayan cambiado, les pediremos que esperen en la cafetería del hotel unos momentos hasta que les hayamos tomado los datos. Los molestaremos lo menos posible, pero quizá tengamos que volver a ponernos en contacto con ustedes.

Miró a Ashworth y su acompañante, que estaban al otro lado de la piscina. Ambos indicaron que también habían entendido lo que se esperaba de ellos.

La piscina se fue vaciando poco a poco. La gente estaba alborotada y sentía curiosidad. «Como un grupito de escolares», pensó Vera. Al menos no se quejarían si les hacían esperar para tomarles declaración. Tenían demasiado tiempo libre y muy pocas emociones. Era difícil creer que uno de ellos pudiera ser el asesino.

Ashworth rodeó la piscina para acercarse a ella, seguido por el trajeado. El desconocido era joven, deseoso de complacer, bajito, alegre y regordete. A Vera le había preocupado que la dirección del hotel les pusiera pegas: un asesinato podía no ser bueno para el negocio; pero aquel hombre parecía tan emocionado como los jubilados de la piscina. Estaba casi de puntillas y se frotaba las manos. A Vera le parecía que ya estaba pensando en la historia tan buena que podría contarle a su chica cuando volviera a casa por la noche. Seguro que también esperaba salir en las noticias de la televisión local. Últimamente, todo el mundo quería su momento de gloria.

—Este es Ryan Taylor —apuntó Ashworth—. Encargado de turno.

—¿Hay algo que pueda hacer, inspectora?

—Pues sí. Pida que hagan té y café. Un montón. Y que lo sirvan en la cafetería del hotel. Con galletas. ¡Ah, y sándwiches! Tendremos a todas estas personas aquí plantadas un buen rato y ya es casi la hora de comer. Mejor tenerlos contentos.

Taylor titubeó.

—Puede cobrarles —dijo ella al percatarse del problema—. Con lo que pagan por este lugar, se pueden permitir gastarse un par de libras en un buen café.

A Taylor se le iluminó la cara. La inspectora pensó que la muerte de una desconocida de mediana edad no era una gran tragedia para él. Más bien una oportunidad de lucirse. Esperó a que los dejara solos, pero no se alejó más que unos metros y se puso a hablar por un *walkie-talkie* que llevaba colgado del cinturón.

Lisa seguía de pie junto a la puerta de la sauna. Estaba pálida. Vera se preguntó si habría abierto la puerta para mirar. Pensaba que su reacción sería más similar a la del encargado. Al ser una chica joven, la muerte no sería algo real para ella. Más bien la primera escena de una serie de televisión.

—¿Ha tocado algo? —le preguntó—. No pasa nada si lo ha hecho, pero tiene que decírmelo. Ya sabe, por las huellas. —Pero pensó que la parte exterior de la puerta sería el único lugar en el que encontrarían huellas. Imposible encontrarlas dentro con todo ese vapor. El polvo para detectarlas se volvería un pegote.

Por fin, Lisa se decidió a hablar. Con una voz bajita y tímida.

—No —repuso—, no he tocado nada.

—¿Está bien, cielo?

La joven pareció recobrar la compostura y sonrió.

—Sí, sí.

—¿Ha estado trabajando todo el día?

—Desde las ocho de la mañana.

Vera se puso unos guantes de látex que Joe le había dado antes. Era como un *boy scout*, ese Joe, siempre tan preparado. Al

mirarse los dedos se acordó del señor mayor con el gorro de natación. ¿Podría reconocerlo con los pantalones puestos? Igual no. Abrió la puerta de la sauna.

—Eche un vistazo —dijo—. No se preocupe, no es muy truculento. Me gustaría saber si la reconoce. Nos ahorraría bastante tiempo, la verdad.

Detrás de Lisa, Joe Ashworth fruncía el ceño y sacudía la cabeza, mostrando desaprobación e indignación. Parecía pensar que las mujeres eran flores delicadas que no podían sobrevivir sin su protección.

—Es que no me sé los nombres —se excusó Lisa—. No es habitual en la piscina. Es diferente si das una clase.

—Pero podrá decirnos si viene a menudo. Quizá asista también a alguna de las clases que imparte usted.

Lisa titubeó un momento y después miró dentro de la sauna.

—¿La había visto antes? —preguntó la inspectora. Pero ¿qué le pasaba a esa chiquilla? Vera no podía con esas jóvenes débiles y apocadas.

—No estoy segura. Todas se parecen bastante, ¿no?

Y Vera pensó que quizá fuera cierto. Igual que a ella se le parecían todas las jóvenes delgaduchas.

—¿Se puede apagar este vapor? —Vera no sabía lo que la humedad y el calor podían provocar en un cadáver, pero suponía que no ayudarían a conservarlo—. Sin tener que entrar, quiero decir.

Taylor se le acercó dando saltitos.

—Claro, ahora mismo me ocupo. —Titubeó un momento—. ¿Hay algo más que pueda hacer para ayudarlos?

—Me figuro que murió aquí esta mañana —dijo Vera—. Vamos, que habrán limpiado esto por la noche y alguien se habría dado cuenta de si estaba en la sauna entonces, ¿no?

—Sí, por supuesto.

Pero sus palabras le parecieron un tanto forzadas.

—¿De verdad? Esto es una investigación de asesinato. Me da igual su estándar de limpieza.

—Hemos tenido unos problemillas con nuestros empleados de la limpieza. Un par de las chicas habituales está de baja. Contraté a un empleado temporal, pero no es muy bueno. No quiero decir que no limpiara aquí, pero no me sorprendería que se hubiera largado pronto.

—¿Cómo lo consiguieron?

Vera intentó no parecer demasiado emocionada, pero el dato había despertado su interés. Un empleado nuevo, una clienta muerta. No tenía por qué haber una conexión, pero su vida sería mucho más sencilla si el limpiador temporal hubiera sido condenado por asesinar mujeres de mediana edad. O si la víctima resultara ser la esposa de la que estaba separándose.

—Es el hijo de nuestra recepcionista. Un estudiante universitario que está pasando las vacaciones aquí.

—Está bien. —Debería haber sabido que la vida no podía ser tan sencilla—. Tendré que hablar con él. Y con todos los miembros del personal que estaban de guardia. —Pensó que prefería hacer ella las entrevistas al personal y dejarle los alegres viejecillos a Ashworth. El sargento tenía la paciencia de un santo—. Habrá un registro de todos los socios del gimnasio que han venido hoy, ¿verdad?

Había un sistema de acceso con tarjetas de banda magnética. La inspectora dio por sentado que cada una tendría un chip individual y que no serviría solo para activar el torniquete.

—Sí —contestó. Pero esta vez tampoco mostró mucha convicción—. La informática la llevan desde la central de Tunbridge Wells. Supongo que ellos tendrán los registros.

Vera pensó que eso se lo dejaría a Holly. Sería una tarea aburrida, esperar pegada al teléfono mientras un friki demostraba sus habilidades con el ordenador. Holly, la última agente a la que había contratado, era joven, guapa y lista. Incluso sin

haberla visto, el friki querría demostrarle lo inteligente que era. Además, todos sabían que la chica era un poco engreída y, de vez en cuando, Vera le daba trabajos aburridos para bajarle los humos.

—¿Hay alguna manera de que alguien de fuera pueda entrar en la zona de la piscina?

—En teoría, no —dijo Taylor—. Excepto como invitado de alguien que sí sea socio del gimnasio. En esos casos, pedimos al socio que nos muestre su carné y que firme en nombre del invitado.

Vera recordó las veces que había estado en el gimnasio. Siempre iba con prisas, pasaba el carné boca abajo, el torniquete no se abría y se le caía la toalla por el aturullamiento de hacer esperar a los que iban detrás. Pero generalmente había una mujer vestida de amarillo en un mostrador cercano que acudía a ayudarla.

—Ha dicho «en teoría» —le repitió Vera—. ¿Y en la práctica? ¿Cuánto le costaría entrar a un impostor?

—No le costaría nada. Tendría que saber cómo funciona el sistema, pero siempre hay formas de burlarlo.

—¿Como por ejemplo?

Había algo en aquel hombrecillo rechoncho que empezaba a irritarla. Era su buen humor, pensó. Parecía no perder la calma por nada. La gente alegre la ponía negra.

—Bueno, alguien podría decir que se ha olvidado el carné. La gente lo hace continuamente. Le haríamos firmar, pero nunca cotejamos las firmas con la lista de socios. Karen, la del mostrador, le dejaría entrar sin más.

—¿Así que se podría firmar con cualquier nombre?

—Básicamente.

—¿De qué otra forma podría burlarse el sistema?

—Usando el carné de un amigo. Tenemos claro que eso pasa a menudo, especialmente con los socios más jóvenes. Los carnés

llevan foto, pero generalmente no las comprobamos. Más que nada, la llevan como disuasión. —Parecía que no le importaba en absoluto que la gente abusara del sistema, que les pareciera ridículo.

—Genial. Fantástico —dijo Vera. Aunque lo cierto era que ya le intrigaban las complicaciones del caso. Era buena detective, pero no siempre tenía la oportunidad de demostrarlo.